

PETER FRITZSCHE: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2009, 360 págs.

Heinrich Lersch escribió un poema en 1914 que llevaba por título «Despedida de un soldado». Su mensaje central, que condensa el espíritu de la época para un sector considerable de la población, se recogía en el verso que rezaba «Alemania vivirá, aunque nosotros tengamos que morir». Fueron incontables los soldados que, inflamados de patriotismo, acudieron al frente con este estribillo en los labios. Más tarde, una vez perdida la guerra, sus deudos pudieron leer la frase inscrita en monumentos en honor de los caídos, y todos los escolares aprendieron y analizaron la frase en las clases de lengua alemana.

El modo como la cosmovisión nazi habría de conjugar años más tarde los dos elementos recogidos en el verso citado, esto es, la vida (de la nación alemana) y la muerte (de millones de alemanes y europeos), es el eje que articula la última entrega del historiador Peter Fritzsche sobre la Alemania nacionalsocialista. ¿Cómo es posible, se pregunta, que el país de los filósofos y poetas por antonomasia se echase en brazos de una ideología etnócrata que hizo depender su supervivencia como nación del exterminio industrializado de judíos, eslavos, gitanos, homosexuales, «asociales», incapacitados físicos y psíquicos, además de toda suerte de enemigos políticos? Éste es precisamente el hilo conductor de su obra *Vida y muerte en el Tercer Reich*.

En realidad, se trata de una obra complementaria a otra anterior suya, *De alemanes a nazis, 1914-1933* (Siglo XXI, 2006; original de 1998. Ver la recensión de F. Del Rey Reguillo en el número 18 de esta misma revista), en la que abordaba el periodo considerado en el título a partir de cuatro meses claves que condicionaron el rumbo de Alemania. Dos de los meses coincidían con el arranque y el final de la I Guerra Mundial: julio de 1914 y la efervescencia patriótica que acompañó a la declaración de guerra («Ya no conozco partidos ni confesiones; hoy somos todos hermanos alemanes, y nada más que hermanos alemanes», proclamó el Kaiser Guillermo II delante de la multitud), por un lado, y noviembre de 1918, momento del estallido revolucionario tras perder la contienda y punto de arranque de la leyenda de «la puñalada por la espalda», por otro lado. Los otros dos meses en que se detenía Fritzsche se apiñaban en los primeros compases del nazismo en el poder, en esa fase transicional en que el movimiento avanzaba hacia su institu-

cionalización: enero de 1933, y el inicio de la «revolución nacional» con la toma del poder el día 30, y mayo del mismo año, con la celebración del Día del Trabajo Nacional el día 1, que representó la puesta en escena de la subordinación de la lealtad de clase a la nación, los dos vectores que marcaron la divisoria entre las izquierdas y las derechas durante los denostados años precedentes de la República de Weimar. En la medida que narra fragmentaria (pero coherentemente) el devenir político del país, el planteamiento que hacía Fritzsche en esta obra resultaba notablemente original. No en menor medida porque, a diferencia de otras aproximaciones al uso, se remontaba a los prolegómenos de la I Guerra Mundial como el punto de partida de cualquier explicación de lo que acabaría siendo el experimento nazi en el poder. Enfoque original, sí, aunque parcialmente truncado por su incapacidad de explicar convincentemente las razones que llevaron a una mayoría de alemanes a abrazar la causa del totalitarismo y a hacer oídos sordos, o en todo caso relativizar, sus efectos «colaterales».

En *Vida y muerte...* el historiador estadounidense da continuidad a su esfuerzo precedente por explicar el proceso de conversión de los alemanes al credo racial nazi. Si en *De alemanes a nazis* se ocupaba del atractivo que los alemanes pudieron encontrar en el movimiento ultranacionalista desde el estallido de la Gran Guerra hasta los primeros compases del experimento nazi, ahora hace lo propio, sólo que durante los años del Tercer Reich, esto es, con el nacionalsocialismo manejando las riendas del poder. Al autor no le preocupan tanto las razones por las que los alemanes abrazaron tan letal doctrina, si fue por miedo, oportunismo, deseos de promoción laboral o convicción ideológica en diversos grados, como dejar sentado dos cosas. Primero, que la mejora generalizada en las condiciones de vida materiales y en la seguridad pública, así como el aumento del prestigio internacional del país tras el trauma bélico, fueron razones suficientes para que una mayoría de alemanes sancionase la dictadura como legítima. Varias iniciativas emprendidas muy pronto por el régimen encajan en el esfuerzo por socializar a la población en los valores de la «comunidad nacional» (*Volksgemeinschaft*). Una de ellas, por ejemplo, fueron las campañas de vacaciones emprendidas ya desde 1933 y que posibilitaron que millones de ciudadanos se familiarizasen con su país, cada día más real y menos imaginado. Otra iniciativa en el mismo sentido fue la postulación sistemática durante el invierno entre 1933 y 1943. Bajo el lema de «Un pueblo se ayuda a sí mismo» hasta un millón de voluntarios de diferentes organizaciones sectoriales nazis (juventudes, SA, partido...) sacaron sus huchas a la calle para, con el dinero recaudado, adquirir carbón, alimentos o ropas y destinarlo a los «compatriotas» necesitados. Estos ingentes desafíos organizativos con fines pedagógicos, esto es, por acomodar a cada ciudadano en el esquema organicista nazi, coadyuvaron a ganarse la aquiescencia y apoyo al régimen de los alemanes.

Una segunda idea-fuerza que articula el trabajo de Fritzsche es que todos aquellos alemanes que quisieron saber supieron que el proyecto nazi de regeneración nacional pasaba por el exterminio de vidas «indignas» de ser vividas bajo el expediente de que desentonaban en el jardín racial ario. Nuestro autor basa

su argumento de que los alemanes tenían noticia de la existencia de campos de concentración y de exterminio, así como de los progroms de judíos en el este de Europa, en las cartas y diarios que, por miles de millones (avanza la cifra de 40 mil entre 1939 y 1945), no dejaron de fluir entre el frente de guerra y el doméstico. A unos de forma más vaga, a otros más detallada, lo cierto es que a la mayoría de la población le llegaron ecos del asesinato a escala industrial de los «enemigos del pueblo» y de episodios (y no se trata sino de uno entre miles que se sucedieron en la Unión Soviética, bien que no siempre a esa escala) como los de Babi Yar (Ucrania) en septiembre de 1941, cuando 50.000 judíos fueron ejecutados como represalia por un atentado cometido contra la *Wehrmacht*. Su conclusión a partir de estas fuentes documentales es tan categórica como persuasiva: el término de responsabilidad colectiva aplicado a los alemanes de entonces resulta pertinente, no porque la mayoría de ellos participasen directamente o fuesen cómplices de horribles crímenes, pero sí por intentar enterrar el conocimiento de los crímenes sistematizados y burocratizados que estaba llevando a cabo el régimen en su nombre, en el de la «comunidad nacional».

Desvelar el macabro utilitarismo que supone subordinar la supervivencia nacional al asesinato sistemático de millones de personas, vale decir, de tratar a los individuos como medios al servicio de una idea determinada de comunidad, constituye el gran acierto de *Vida y muerte...* En el enfoque, y no tanto en la información aportada (en gran medida sobradamente conocida), estriba la originalidad del trabajo. Sin embargo, Fritzsche tiende a caer en una lectura «unanimista» de la sociedad alemana en su aquiescencia y sanción activa del régimen. Se olvida de introducir matices a trazo tan grueso: de que ciertamente muchos alemanes se felicitaban de los logros sociales y materiales de Hitler, de que hubiera resucitado un cierto clima de unidad nacional tras los turbulentos años de Weimar, aunque para ello hubiese que pagar un precio tan alto en términos de vidas humanas y libertades de toda índole. Pero descuida por completo esos pequeños actos capilares de resistencia por parte de tantos alemanes que desafiaron (y muchos pagaron por ello) a la dictadura de forma más o menos abierta, actos protagonizados por personas convencidas de que Alemania podía vivir sin que ello implicase prescindir de ninguno de sus integrantes.

Jesús Casquete  
UPV/EHU